

MARTÍN GIRARD  
O LA HUELLA DE UNOS ZAPATOS

por EDUARDO MENDOZA

*El periodismo es una tribu compuesta de un solo indio. En virtud de este principio, Gonzalo Suárez efectuó un desembarco unipersonal en Barcelona en la década de 1960. Lo trajeron causas fortuitas y causas fortuitas se lo volvieron a llevar. Con todo, vivió aquí unos cuantos años. Quizá tenía la intención de echar raíces, pero a mí siempre me dio la impresión de estar de paso. A lo mejor me equivoco; pero no creo equivocarme al decir que este paso fue fulgurante y su huella, permanente. Para que suceda una cosa así han de concurrir varias circunstancias, unas personales, otras ambientales y otras coyunturales. Las primeras las traía consigo. Gonzalo Suárez había nacido y crecido en un ambiente culto y refinado; más tarde se había impregnado del mundo del deporte y del espectáculo al lado de Helenio Herrera. Él mismo refiere esta periferia vital en las páginas que siguen. Sea como sea, cuando todos éramos bastante catetos, Gonzalo Suárez se movía con naturalidad en Madrid, en París y en*

*Milán, y dentro de cada ciudad, en círculos diversos, por no decir excéntricos. Tenía una formación sólida en varios campos, una inquietud intelectual permanente, una ávida curiosidad por lo cotidiano, y una despreocupación que le permitía encajar efemérides triviales en moldes clásicos y viceversa. A su simpatía natural unía la soltura del trotamundos, tenía don de gentes y su conversación era efervescente.*

*En vista de todos estos factores, no es raro que cayera bien en una Barcelona inquieta pero aburrida, y en una época donde el conservadurismo y la rebelión compartían la misma gravedad y pesadez.*

*En honor a la verdad hay que decir que no todo el mundo se aburría en Barcelona. En la década de 1960 existía en la ciudad un grupo apodado la «gauche divine». Lo formaba gente joven, por lo general adinerada, liberal, culta y, con leves variantes y a según que horas, guapa. A los miembros de este grupo les llegaba puntualmente del otro lado de los Pirineos información, ropa, discos y a menudo refuerzos en forma de modelo publicitaria o intelectual francés. Denostado, admirado o las dos cosas a la vez, el grupo de la «gauche divine», con su actitud, su comportamiento, su moderado exhibicionismo y su compromiso estético, contribuyó, si no a alterar, al menos a remover la pesada atmósfera existente. Pero era un grupo cerrado, no sólo por su composición, sino por su territorio: unos pocos restaurantes, unos bares, una discoteca y algunas casas de veraneo. Al fin y al cabo, era una elite bajo sospecha, los tiempos eran opacos y las cosas no podían ser de otro modo.*

*Fuera de este gueto, los barceloneses llevaban una existencia plácida y anodina. Las penurias de la posguerra habían quedado atrás, pero las jornadas laborales eran*

*largas, porque había que hacer horas extras para llegar a fin de mes y para pagar los plazos de la lavadora. Acabado el trabajo, las distracciones eran las de siempre, con la novedad de una televisión de la que ya empezaba a gozar un amplio sector de la población, privada o colectivamente, es decir, en su propia casa, en un bar o en casa de un resignado vecino. Pese a sus limitaciones de todo tipo, la televisión era un gran entretenimiento, aunque entonces, como ahora, dejaba en el espectador un fúnebre sabor a tiempo muerto. La televisión siempre fue la vicaria alegría del inválido. Lo bueno estaba en otro sitio, lejos de la butaca y las pantuflas, en los míticos locales donde se reunía la «gauche divine» a beber whisky y practicar el amor libre. Pero el saber o imaginar que otros lo estaban pasando en grande mientras el resto de los mortales contemplaba los esfuerzos del bedel de los pájaros no hacía más que ahondar el tedio y la atonía.*

*Por las características individuales a que me he referido antes y por su envidiable condición de forastero, Gonzalo Suárez transitaba sin esfuerzo por esta sencilla pero abrupta orografía social y llevaba noticias de un cerro al otro. No era, en rigor, un reportero, o no sólo un reportero. Su labor consistía básicamente en difundir a través de su persona, de viva voz, y sobre todo de sus escritos, no tanto lo que sucedía tras las puertas como el tono con que el sector más avanzado de Barcelona exteriorizaba su difusa postura y su ambiguo combate contra la monotonía cotidiana.*

*En la década de 1960 se produjo en la juventud de los países ricos un movimiento de rebeldía contra las rígidas reglas formales a través de las cuales se ponía de manifiesto la estricta jerarquía social imperante. En su expresión más suave, esta rebeldía consistía en una manera extrava-*

*gante de vestir y en un comportamiento insolente o irrespetuoso que podía tener algo de infantil, pero que podía acarrear graves consecuencias para quien se lo permitía. Ante este fenómeno nimio pero imparable, el establishment estaba dividido. Una parte veía la punta de iceberg de un colosal y peligroso movimiento libertario; otra parte, más audaz, confiaba en la solidez de las instituciones y veía en este anhelo juvenil posibilidades extraordinarias de hacer negocio. En Barcelona, donde afloraba con carácter de excepción algún conato de rebeldía imitativa, sólo se daba la primera de estas reacciones, pero incluso esta arriesgada picaresca era más divertida que el fatigoso enfrentamiento de las dos antiguas retóricas.*

*En este mundo se movía Gonzalo Suárez. Todo periodista es por definición un infiltrado. Basta ver las fotos que ilustran el libro para darse cuenta de la falsedad que encierra la sonrisa cándida de aquel jovencuelo bien vestido y bien peinado que inspiraba ternura. Su insolencia era tan sutil que pasaba por alto a las personas orondas y desprevenidas que caían en sus manos. Durante años merodeó por una Barcelona a medio hacer y dejó una crónica lúcida de una realidad que él mismo iba creando a medida que la describía. Se ha dicho repetidamente que Gonzalo Suárez se adelantó al nuevo periodismo. Sin duda es así, pero es evidente que él no lo sabía. Los grandes periodistas provienen de los márgenes más oscuros de la profesión: la crónica de tribunales, la crónica de sucesos, la crónica de guerra. Gonzalo Suárez provenía del periodismo deportivo, donde el periodista a menudo interviene en la crónica por pura necesidad de llenar un vacío. Luego trataba a los intelectuales y a los políticos a los que entrevistaba como si fueran boxeadores sonados. Esta hibridación lo convertía, aunque el término haya caído en des-*

*gracia, en un adelantado de la posmodernidad. Para entender lo que digo, basta leer el breve texto titulado «La noche mil y dos», que aparece en la página 209.*

*Mi desinterés por el deporte, especialmente por su aspecto teórico, me impidió leer en su día los reportajes de Martín Girard (el seudónimo de Gonzalo Suárez) en la prensa especializada. Leídos ahora, por primera vez, me ha sorprendido el carácter artesanal del fútbol en aquellos años, en los que ya había rebasado con creces las fronteras de lo estrictamente deportivo para convertirse, con escándalo de algunos, en un gran espectáculo. Un famoso jugador del Barça comenta que ha cambiado su viejo Seat 600 por un modelo más grande; otros revelan cifras de sueldo y fichajes que en términos comparativos hoy nos parecen ridículas. Abundan las quejas por la incomprensión de los presidentes, los entrenadores, el público y la prensa. En lo esencial, como se ve, todo es lo mismo: dramas nimios magnificados por la lupa del fanatismo y condenados a desaparecer en pocos días o en pocas horas. Gonzalo Suárez conocía bien a los personajes y los trataba con una mezcla de humor y simpatía. Nunca con superioridad o compasión, ni siquiera a los boxeadores en diverso grado de licuefacción. Son, en general, crónicas duras de un tiempo bronco, sin segundas oportunidades.*

*Pero la parte que más me interesa del trabajo periodístico de Gonzalo Suárez no es ésta, sino la que le llevó a las páginas de El Noticiero Universal, un periódico hoy desaparecido pero que en su día tuvo una gran presencia en Barcelona, seguramente porque era un diario vespertino y, en consecuencia, menos abocado a la información de ámbito internacional o incluso nacional y más a los sucesos locales y cotidianos. Un periódico, en resumidas cuentas, pensado para ser leído al final del día, en un estado de*

*ánimo menos receptivo a la noticia y más al relato de la realidad próxima.*

*Leídas hoy, estas crónicas son sensacionales. Aunque de entonces a hoy no median demasiados años, la distancia es enorme. En las crónicas de Martín Girard muchas cosas están todavía cerca, aunque no se las mencione: la guerra, el exilio, el hambre, la represión; pero también el surrealismo, el casticismo y una forma de usar el lenguaje más expresiva y vivaz, como si existiera la creencia compartida de que las palabras significaban cosas. Es una Barcelona oscura, invernal, presidida por el frío, levemente costumbrista, envuelta en una especie de absurdo, por la que planean las sombras de Pla, Jardiel y Camba, y en la que aparecen en persona Dalí y Mihura, o figuras que hoy son legendarias como Vicente Escudero. Leyendo estas crónicas y estas entrevistas se adquiere una visión clara de una sociedad que había llegado a un equilibrio tácito entre la libertad y la censura, siempre al borde del abismo.*

*Todo esto y mucho más, de lo que es ocioso hablar en esta breve introducción, porque figura extensamente en el cuerpo del libro, vive y perdura porque además de las cualidades ya dichas, Gonzalo Suárez es un gran escritor, dotado de una envidiable facilidad. Tanta, que el lector tarda en darse cuenta de que todas las personas que hablan en sus crónicas poseen una admirable pero sospechosa capacidad de síntesis. ¿Realmente Vicente Escudero dijo la frase «Anduve por todo el mundo, y el mundo no ha entrado en mí», que Martín Girard pone en sus labios?*

*Pero hablar de Gonzalo Suárez escritor requeriría un espacio mucho mayor. Siempre he sostenido que sus primeros relatos, que vieron la luz en los años en que él todavía vivía en Barcelona, tuvieron un efecto sobre los jó-*

*venes escritores al que todavía no se ha hecho justicia, aunque existen estudios serios que abonan esta tesis. Déjémoslo así.*

*Aquí el lector se encontrará con la faceta periodística de este individuo polifacético y singular. No es poco. Quienes recuerden la época en que, por así decir, transcurre la acción, no recordarán, sino que revivirán aquellos tiempos y los verán con otros ojos. Los que tuvieron la suerte de ahorrárselos podrán aprender muchas cosas. Unos y otros pasarán unas horas muy agradables, porque Gonzalo fue y sigue siendo un hombre inteligente y muy simpático.*

*No hace falta decir que el libro que sigue es, por necesidad, fragmentario. Contiene apenas una muestra, suficiente pero exigua, de los subgéneros que en su día hicieron célebre a Martín Girard: el reportaje de actualidad, la entrevista, el comentario breve, la crónica callejera. Para la presente edición el propio Gonzalo Suárez ha complementado algunos textos con explicaciones que sitúan el tema en su momento o lo comentan; otras veces suplementan el suceso con noticia posterior de lo que fue de una persona. Fiel a sí mismo, no siempre queda claro dónde acaba el texto actual y empieza el antiguo o si en realidad estamos asistiendo a un diálogo entre el hoy y el ayer. Tampoco el orden de los textos, unas veces agrupados por temas y otras no, parece responder a un criterio que no sea el personal de quien estableció este orden. El desconcierto siempre fue y sigue siendo un elemento esencial en la obra de Gonzalo Suárez. Pero además, aquí, el resultado es sabio, porque no se trata de una recopilación académica, sino de ofrecer el retrato vivo de un tiempo y su gente, vistos por el periodista genial que era Martín Girard.*